

Al celebrar Navidad el 25 de diciembre y el día 28 la fiesta de los santos inocentes, es necesario recordar a los millones de niños por nacer que son abortados cada año. Y también a sus madres que desde el silencio viven un dolor que solamente ellas pueden explicar, porque es su mente y corazón los que han sido dañados con la cultura de la muerte que no tiene fronteras cuando se trata de asesinar niños indefensos. Sí, un dolor que hace perder la esperanza de un mundo mejor para todas aquellas mujeres obligadas y engañadas que han recurrido al aborto como solución a sus situaciones de conflicto.

En un mundo globalizado, donde la cultura del descarte campea arrasando con vidas humanas, es urgente salir al encuentro de la vida por nacer para cuidarla y defenderla. Así, desde una cultura del encuentro se abren las puertas para acompañar en la angustia y soledad a tantas mujeres que en la desesperación son manipuladas por gobiernos y organizaciones internacionales que promueven el aborto.

Nuestra patria no está ajena a esta realidad. Más aún con propuestas legislativas que causarán -si son aprobadas- más daño, pues cuando se viola el derecho humano a la vida del que está por nacer se cae de plano todo el andamiaje de los derechos humanos y los regímenes democráticos se transforman en dictaduras abortistas y eugenésicas. Es un totalitarismo demográfico que recubierto de un pseudo pluralismo democrático mata inocentes con premeditación y alevosía.

La Navidad es el tiempo de la vida nueva y de la esperanza para nuestra patria. Y donde sus hijos son la mayor riqueza, porque en ellos se manifiesta una dignidad única e irrepetible que cada mujer y madre llevan en su seno como un regalo para el país y la humanidad.

P. Francisco Javier Astaburuaga Ossa